

Relatos en miniatura



L'IBER
MUSEO DE LOS
SOLDADITOS
DE PLOMO

PREFACIO

Antonio Penadés

Novelista histórico y profesor

El Museo L'Iber acoge la mayor y más completa colección de figuras históricas en miniatura del mundo, tanto por el número de piezas como por la variedad y calidad de marcas. Pero más allá del precioso palacio renacentista y de su inigualable espacio expositivo, es una vivaz institución con vocación humanista que ejerce un extraordinario efecto dinamizador de la vida cultural en Valencia.

Este libro que tenemos ahora en las manos es un paso adicional, un eslabón más en la evolución de esta institución sin ánimo de lucro, en el marco de su constante labor de divulgación de la historia y de la buena literatura. Quienes en Valencia amamos estos dos campos sabemos bien que el Palacio de Malferit, sede del Museo L'Iber, constituye el hogar de la literatura histórica en nuestra ciudad. Y lo es por lo menos desde 2005, año en que la Fundación IVECO (Instituto Valenciano de Estudios Clásicos y Orientales), creada tres años antes por Alejandro Noguera, organizó un curso de verano en la UIMP que resultó un rotundo éxito por el número de alumnos inscritos —unos 120— y por el nivel de los representantes de la novela histórica que participaron a lo largo de aquella tórrida semana estival: Carlos García Gual, Gisbert Haefs, José Luis Corral, Lindsey Davis, Alfred Bosch, Jaime Siles, Pedro Luis Cano y el editor Daniel Fernández, entre otros. Un brillante elenco en el que me colé con una digna conferencia sobre Heródoto como precursor del género.

Tras el éxito inicial, la Fundación IVECO siguió paso a paso edificando ese hogar de la literatura histórica. A finales de 2005 decidimos que sería interesante ofertar un curso de narrativa, algo muy poco usual por entonces, así que unas semanas después comencé a reunirme con unos 15 alumnos en torno a una gran mesa ovalada de la magnífica biblioteca de la Fundación, rodeados de estanterías donde reposan biografías de Alejandro Magno, obras de autores griegos y romanos, guías arqueológicas y ensayos de historia antigua, para diseccionar las claves de la creación literaria, discutir sobre autores y títulos y profundizar en los referentes de la novela histórica. Hoy me siento dichoso al pensar que a lo largo de las diez ediciones celebradas hasta la fecha he podido contribuir a que personas de enorme talento publiquen sus primeras obras o, según los casos, afinen aún más sus métodos para la creación literaria. Entre ellos sobresalen los siguientes nombres: Marta Querol, Luis Valera, Josep Asensi, Fernando Ortega, Santiago Álvarez, Alfredo Escardino, Jordi Llobregat, Bernardo Carrión, Alicia Muñoz, Javier Lacomba, Mayte Aparisi, Marga Quesada, Andrés Ferrer, Fuensanta Niñirola, Javier Rodrigo, José Manuel Almerich, Joana Chilet, Enrique Tomás, José Manuel Gil, Raúl Borrás, Javier Lacomba, Víctor Pérez Bellvís y Jorge Vajnenko.

Me siento feliz por ello, pero sobre todo orgulloso de los lazos de amistad, algunos de ellos muy sólidos, que se han creado durante esas incomparables horas dedicadas a tratar de literatura y de la vida misma —no en vano cada una es reflejo de la otra—. El mejor ejemplo de este fenómeno es el grupo literario El Cuaderno Rojo, integrado por once alumnos de este curso y en el que, de forma complementaria, impartía clases el maestro Santiago Posteguillo. Un colectivo que se reúne desde entonces para compartir la evolución de sus respectivos proyectos de escritura, que organizan mesas redondas y tertulias

con otros escritores para aprender sobre sus «liturgias literarias» y que alcanzaron la excelencia con la creación del festival Valencia Negra, un evento que ya ocupa un lugar preeminente en el calendario cultural de nuestra ciudad.

Diez años después de aquellos inicios sigo pensando que en la literatura histórica, un género híbrido en el que se mezclan componentes muy distintos —una manifestación artística y una ciencia social—, el elemento literario es mucho más importante que el histórico. A veces utilizo en las clases el símil de la bicicleta con una cesta llena de fresas: si no mantenemos un pedaleo constante nos caeremos y echaremos a perder tan preciada carga. Lo mismo pasa en la novela, donde lo relevante es el argumento y la forma —qué nos cuenta el autor y cómo lo hace—; la contextualización histórica y las evocaciones a una civilización del pasado sólo se saborean si la bici avanza y si lo hace a un ritmo apropiado. De lo contrario, el lector se va. Ahora, recién concluida la décima edición del curso, con una mayor perspectiva de las cosas, me reafirmo en la convicción de que la vida es más rica y adquiere un mayor sentido si la impregnamos en literatura, si nos hacemos acompañar con libros escritos por autores que narran historias interesantes.

Pero sigamos con el relato cronológico. En julio de 2006 repetimos el éxito del verano anterior con la organización de otro curso en la sede valenciana de la UIMP, en esta ocasión dirigido por Luis Alberto de Cuenca y Alejandro Noguera y dedicado al cine histórico —otra magnífica vía para combinar ficción y hechos del pasado—. Además de ellos dos, impartieron interesantísimas ponencias Bernardo Souvirón, Fernando Lillo, José Luis Corral, Fernando Quesada y Juan Manuel de Prada, entre otros.

Poco tiempo después, en mayo de 2007, se inauguró el Museo L'Iber, poniéndose a disposición del público la exposición de

soldaditos de plomo —con un poder de evocación similar al de la gran literatura— y también su espléndida colección de libros —la tercera biblioteca privada mejor dotada de España—. Asimismo la tienda del Museo, especializada en novela y ensayo histórico, se preparó a conciencia para que el visitante encuentre en cada ocasión varios títulos imprescindibles.

Por todo lo expuesto, L'Iber reúne méritos suficientes para ser catalogado como el hogar de la literatura histórica en Valencia. Pero lo que de una forma definitiva le hace merecedor de esta categoría, lo que hace que muchos lo conozcamos como «La Catedral», término acuñado por Toni Zarza, buen amigo nuestro y prototipo de lector incansable, son las continuas presentaciones de libros que el Museo organiza y que suelen llenar hasta los topes su sala de conferencias y su patio porticado. Una afluencia de público nada fácil de conseguir, bien lo saben las librerías y las grandes superficies, y que responde a tres motivos principales: la calidad literaria y el rigor de los títulos que se presentan, el tono didáctico y ameno que impera en los actos y, cómo no, el entorno. Esa preciosa sala, la misma en que ahora se celebra el curso de narrativa, la que en 2011 acogió el encuentro anual de Hislibris —primera web en español sobre libros de historia— y fue en 2012 la sede de un concurrido congreso de novela histórica, da pie a viajar a través del tiempo y de la imaginación, justo lo que pretende cualquier aficionado al género.

Sus sorprendentes elementos decorativos contribuyen también a la evasión: el enorme tapiz de la coronación de Marco Aurelio que pende de una de sus paredes, los centenarios jarrones japoneses que descansan en las vitrinas, los artesones tallados en su techo de madera... El patio interior del Museo, por su parte, evoca las imágenes de Aristóteles, del joven príncipe Alejandro atento a sus enseñanzas, de reflexivos peripatéticos paseando bajo los portales...

En este contexto, a Alejandro Noguera se le ocurrió en 2010 otra brillante idea, fruto de su amplitud y profundidad de miras y de su inmensa afición por la literatura histórica: la creación de un certamen de relatos históricos, de piezas breves que recreen pasajes del pasado. Tratándose de un museo de soldaditos de plomo, parecía coherente que los relatos a concursar fueran también pequeños. Para configurar el jurado se recurrió a personas con criterio, varios de ellos novelistas, conscientes todos de que no sería el concurso mejor dotado de España pero al que ningún otro ganaría en honestidad.

La gran sorpresa llegó en la reunión del jurado de la primera edición. Al presentarse con pseudónimo desconocíamos la identidad de los autores —unos 30 si no recuerdo mal—, pero todos coincidimos en el elevado nivel de los trabajos. La mayoría de ellos concursaban desde Valencia, aunque también nos llegaron escritos desde distintos rincones de España y de América. Cada uno de los miembros del jurado expuso ante los demás cuáles eran los relatos que más le habían gustado y, tras debatir acerca de las bondades y defectos de cada uno de ellos, se procedió a la votación. Cuando Reme García, subdirectora del Museo, comenzó a abrir los correspondientes sobres para conocer la identidad de los vencedores, la sorpresa fue mayúscula: ganador, Raúl Borrás; segundo premio, Manuel Gutiérrez; tercer premio, Jorge Vajñenko. ¡Tres exalumnos del curso de narrativa!

La alegría inicial quedó empañada por una cierta preocupación. Al poner en marcha este proyecto todos coincidimos en que sólo merecería la pena si se iba a tratar de un certamen transparente y completamente honrado, acorde a los principios de la institución, pero después de tantas horas de lectura, de anotaciones y de debate nos encontrábamos ante la posibilidad de que se despertaran dudas sobre la imparcialidad del jurado.

Conscientes de que todo en la vida es una cuestión de confianza, sabíamos bien que cualquier proyecto donde ésta falta se echa irremisiblemente a perder. Al final, tras comentarlo bien, solventamos el asunto con una mayor dosis de transparencia: diciendo la verdad, anunciando de antemano que se había dado esta circunstancia y subrayando que parecía lógico que las personas del entorno del Museo, en especial los exalumnos de su curso de narrativa, representaran un porcentaje significativo entre los candidatos.

El segundo año no pude formar parte del jurado, resultando vencedor el madrileño Manuel Prieto —Curistoria—, Fernando Ortega fue segundo —su «Caco y los gansos de Juno» es sencillamente genial— y Eva Marcos tercera. El tercer año, para mi satisfacción, volvieron a resultar vencedores tres antiguos alumnos del curso de narrativa: Santiago Álvarez, Josep Asensi y Chema Gil, tres grandes personas con un talento excepcional. Y en la cuarta edición, Eva Marcos, que no fue alumna pero es buena amiga del Museo, desplazó en el podio a Raúl Borrás, a Manuel Gutiérrez y a Alberto de Frutos. ¡Si los relatos concursaran mediante la dicción de sus autores, sin duda Eva ganaría siempre!

Este libro que ahora se publica, *Relatos en miniatura*, es un homenaje a todos ellos y, por extensión, a quienes, de un modo u otro, se acercan al Museo L'Iber para enriquecerse y para aportar algo propio a los demás. Un claro ejemplo de que la cultura nos humaniza, difumina la mediocridad y ayuda a resaltar los aspectos brillantes de la vida.

No terminaré este prefacio sin dar la gracias a un selecto grupo de escritores que, cada vez que se les requiere, prestan su ayuda en este hogar de la literatura histórica, ya sea en el jurado del certamen de relatos, en el curso de narrativa, en las presentaciones de libros, en conferencias o en lo que

haga falta. Son Santiago Posteguillo, Sebastián Roa, Santiago Álvarez, Jordi Llobregat, Fernando Ortega, Gabriel Castelló, Isabel Barceló, Antonio Garrido y el polivalente Josep Asensi. Y quiero también trasladar mi agradecimiento a Alejandro Noguera y a su familia por su hospitalidad y, cómo no, a la Fundación Libertas 7 por su inestimable contribución a nuestra sociedad.

Este libro contiene los relatos ganadores del Concurso de Relato Corto Histórico de L'Iber, Museo de los soldaditos de plomo de 2010 a 2014 así como algunos más seleccionados. Con este volumen el lector aprenderá más sobre las migraciones de la Edad del Bronce; vibrará con un atleta griego; se mondará de risa con los romanos y sus gansos del Capitolio; conocerá los orígenes de los Monteros de Espinosa; temerá por la vida de una rata en la corte rusa; seguirá los pasos de saqueadores de cadáveres napoleónicos; palpitará ante el destino de un soldado campesino en Filipinas buscando la gloria pese a él; revivirá un duelo de Blasco Ibáñez y disfrutará entre otros relatos más del sarcasmo de los artífices de la novena sinfonía ante toda la jerarquía de la Alemania nazi. Así con pequeñas píldoras de narración, con maravillosas muestras de ingenio, se destilan momentos de la historia, de la historia en miniatura.



FUNDACIÓN  LIBERTAS 7

Fundación
BancoSabadell

